

Bonnet, Louis, *La communauté de vie conjugale au regard des lois de l'Église catholique*, Cerf, Paris 2004, 532 pp.

El autor, Decano emérito de la Facultad de Derecho Canónico del Instituto Católico de Toulouse, ha trabajado durante largo tiempo en los tribunales eclesiásticos. Nos ofrece ahora un estudio que muestra la evolución de la estructuración canónica de la comunidad de vida conyugal desde la primera Codificación latina de 1917 hasta la de 1983, que se inspira en la Constitución *Gaudium et Spes* del Vaticano II. Ésta, como es bien sabido, innova al definir el matrimonio como «profunda comunidad de vida y amor que forma la pareja», calificarlo de «alianza por la que los esposos se dan y reciben mutuamente», y precisar que tiene como finalidades «la procreación pero también el bien de los esposos». En ello se puede apreciar el influjo de la filosofía personalista de Emmanuel Mounier, Gabriel Marcel, Maurice Nedoncelle, Jacques Maritain y Maurice Zundel. De la realidad existencial se sacan varias consecuencias: conciencia de la unidad de la persona, conciencia de la libertad, necesidad de la comunicación, valores de la conciencia —siguiendo a Mounier— de exigencia consigo mismo, de justicia social, de derechos y deberes del hombre, de estética, de valentía y de las rupturas que implica, de entrega y responsabilidad..., valor del amor, conciencia de Dios.

«Esta filosofía de la persona, escribe Louis Bonnet, traía un espíritu nuevo al Concilio: restaurar el valor inalienable de la persona en los planes de Dios». El *una caro* de Gén. 2 significa la persona entera, y no sólo su condición carnal, relación específica y privilegiada de perso-

na a persona, aparece entonces como amor mutuo, don y entrega indisoluble del uno al otro.

Como era de suponer, esta novedad no fue aceptada por todos. Por ello, es interesante seguir un itinerario histórico, yendo del antiguo Código al nuevo, y recorriendo los trabajos preparatorios del Concilio Vaticano II; luego las controversias en el seno de la Asamblea conciliar, las sucesivas redacciones que han desembocado en la *Gaudium et Spes*, y a continuación los comentarios de los autores, las aplicaciones a las que ha dado lugar y en último término los diferentes proyectos del actual Código.

De ahí los cinco capítulos del libro. En primer lugar, «la comunidad de vida matrimonial en el Código de 1917» (pp. 27-91), que se presenta como sociedad conyugal y como contrato. Se puede notar un progresivo abandono de la doctrina agustiniana en favor de la doctrina tomista de la jerarquía de los fines del matrimonio. Una consulta del archivo personal del Cardenal Gasparri «nos ha conducido, escribe el autor, a preguntarnos en qué medida su influjo personal ha contribuido a que prevalezca en el Código esa doctrina que ya enseñaba años antes de la codificación».

«La contestación y las posiciones del Magisterio» (pp. 93-132), permite ver que algunos autores italianos de los años 20 del siglo pasado, partiendo de los problemas de la impotencia en Derecho canónico, se han esforzado en resaltar que la esencia del matrimonio no se limita a la procreación sino que también incluye a la comunidad de vida, que constituye otro bien propio del matrimonio. La posición del Magisterio se expresa en la enc. *Casti connubii*, de Pío XI,

que abre una cierta perspectiva en el sentido personalista. Por su parte, el P. Doms publica una tesis, *Del sentido y de la finalidad del matrimonio*, que tuvo mucho eco, en la que defiende la afirmación de que el matrimonio es «una unidad de dos», sin excluir por ello la fecundidad natural de la pareja. Las nuevas reacciones oficiales se encuentran en la alocución de Pío XII a la Rota Romana, de 3 de octubre de 1941, el decreto del Santo Oficio, de 1 de abril de 1944, la sentencia *coram* Wynen, de 22 de enero de 1944. Dirigiéndose a las comadronas en 1951, Pío XII vuelve a insistir en que la procreación es el fin primario del matrimonio, y que las demás finalidades, «aun siendo igualmente queridas por la naturaleza, no se encuentran en el mismo plano que la primera, y menos aún le son superiores, sino que le están esencialmente subordinadas».

El capítulo siguiente está por entero dedicado a «el Concilio Vaticano II: el matrimonio, comunidad de vida y amor» (pp. 133-234). Comprende dos partes: primero un estudio de los tres esquemas *De matrimonii sacramento*, que llegan a definir el matrimonio como *sacrum amoris foedus*. Pero los trabajos de la Comisión se interrumpen en noviembre de 1964, y se remite la cuestión del matrimonio a una Comisión teológica. La segunda parte estudia los seis proyectos sucesivos *De matrimonio et familia* de dicha Comisión. Larga y muy animada fue la discusión conciliar, hasta llegar al texto votado por la mayoría.

Llegamos a «la puesta por obra en el campo del derecho de la constitución "Gaudium et spes" (nn. 48 a 52 sobre el matrimonio y la familia)» (pp. 235-418). Es el capítulo más largo que empieza por presentar los autores y su bús-

queda de los aspectos jurídicos nuevos que se podían sacar de esta Constitución, en especial sobre la naturaleza y fines del matrimonio y el lugar del amor conyugal en el plano jurídico. En estos tres aspectos, así como a propósito de la sacramentalidad del matrimonio, Louis Bonnet expone la doctrina de los autores y propone sus observaciones a continuación. Pasa luego a la aportación de la jurisprudencia rotal de 1969 a 1975: varias sentencias rotales incluyen el aspecto personalista de la comunidad de vida y amor en el objeto formal sustancial del contrato matrimonial. Desarrollan un hondo análisis del acto de la voluntad que constituye el consentimiento matrimonial, y toman en cuenta el influjo de las perturbaciones psíquicas en la incapacidad de dar un consentimiento verdaderamente matrimonial y en la incapacidad de asumir las obligaciones esenciales del matrimonio, en especial una verdadera comunidad conyugal (Mons. Anné, 25-II-1969; Mons. Fagiolo, 30-X-1970; Mons. Di Felice, 8-III-1973; Mons. Serrano, 5-IV-1973). El papel del amor en el consentimiento matrimonial es objeto de posiciones de sacordes. La sentencia *coram* Fagiolo toma netamente posición a favor del valor jurídico del amor en el consentimiento, pero al no ser confirmada en apelación esta sentencia no hace jurisprudencia. Con esto, llegamos a los esquemas *De matrimonio* del actual Código. El proyecto de 1975 define el matrimonio como *totius vitae conjunctio inter virum et mulierem*, pero tan sólo menciona la finalidad procreativa del matrimonio. La exclusión del derecho a la comunidad de vida conlleva la nulidad del contrato. Se reconoce la incapacidad de dar un consentimiento válido para quienes carecen de suficiente uso de razón o padecen de un

grave defecto de discreción de juicio. Se retiene la incapacidad de asumir las obligaciones matrimoniales sólo en caso de graves anomalías psicosexuales. El dolo es causa invalidante. No aparece la expresión «amor conyugal». El proyecto de 1980 completa la definición del matrimonio, al mencionar el *bonum coniugum* como fin del matrimonio al igual que la procreación. Se extienden a toda anomalía psíquica grave las causas de incapacidad para asumir las obligaciones matrimoniales. Se sustituye el término *convictum* por *communio* para definir mejor la comunidad de vida conyugal. Finalmente, el *schema* de 1982 designa a esta comunidad como un *consortium* y, a propósito de la incapacidad de asumir las obligaciones esenciales, habla de *ob causam naturæ psychicæ* en vez de *ob gravem anomaliam psychicum*. Un último punto trata sobre la jurisprudencia rotal de 1975 a 1983, que incorpora las novedades de los esquemas conciliares. Se sigue investigando la influencia de las perturbaciones psíquicas en el consentimiento matrimonial. Pero las sentencias rotales se muestran discretas acerca del valor jurídico del amor y se atienen a la jurisprudencia clásica en la materia.

El capítulo quinto y último presenta «la comunidad de vida conyugal en el nuevo Código de 1983» (pp. 419-482). Se divide en tres partes: naturaleza y fines del matrimonio y su sacramentalidad; el consentimiento y su objeto formal, con el lugar del amor en el consentimiento y la definición del matrimonio que da Juan Pablo II como «pacto de amor»; las consecuencias de la definición del matrimonio como comunidad de toda la vida en varios cánones: 1095 sobre la incapacidad de contraer y 1098 sobre el dolo, 1061 § 1 sobre la

consumación del matrimonio *humano modo*, 1135 sobre los efectos del matrimonio y 1151 sobre la separación de los cónyuges.

Una conclusión (pp. 483-493) subraya «el honor del matrimonio» puesto en evidencia por la concepción personalista del matrimonio, la necesidad de una educación al matrimonio mediante una preparación remota como la preconiza el actual Código, y el papel indispensable de los cristianos para promover, en especial en este campo del matrimonio y de la familia, una civilización del amor.

G. Candelier, vicario judicial emérito de Tournai, añade una advertencia final (pp. 495-508). Hace notar que al *bonum coniugum*, que no se consideraba como un segundo fin sino como un fin secundario, se le reconoce ahora como un fin institucional, al igual que al *bonum prolis*. Por otra parte, a pesar de que el Código no mencione el esquema agustiniano de los bienes, algunos autores siguen preguntándose si el bien de los cónyuges se sitúa en un lugar análogo al de los bienes agustinianos, como un cuarto bien que habría que añadir a los otros tres. «No hay que seguir esta vía», advierte el autor, so pena de caer en un grave error. Con el Código de 1983, no se da una comunidad «matrimonial» no sólo cuando falta la apertura a la procreación, sino también en caso de que la apertura al bien de los esposos, en cuanto es objeto de un derecho y de un deber, esté negado o de imposible realización por parte de uno de los cónyuges.

La Bibliografía cubre las pp. 495-525.

Con este libro del Profesor Bonnet tenemos una síntesis muy completa de la

naturaleza de la comunidad de vida conyugal, que es útil para entender adecuadamente la enseñanzas del Concilio Vaticano II y su traducción *in sermone canonico* en el Código de 1983. Quizás no hubiese sido superfluo mencionar, habida cuenta del título de esta obra, aunque fuera de modo escueto, la normativa del *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*, ya que también es ley de la Iglesia católica...

DOMINIQUE LE TOURNEAU

Bueno Salinas, Santiago, *Tratado general de Derecho Canónico*, Atelier (Libros jurídicos), Barcelona 2004, 476 pp.

Después de un *Dret Canònic. Universal i particular de Catalunya*, publicado en 1999, el autor siente la necesidad de ofrecer un Tratado que pueda alcanzar un público mucho más amplio. No se trata de una mera traducción de la anterior obra, de la que desaparece todo el estudio específico del Derecho canónico en Catalunya, y de la que muchas secciones han sido redactadas en sentido diferente del inicial, se han completado otras, y se han ofrecido mayores explicaciones de algunos conceptos que los no iniciados en la Teología católica tendían a confundir.

Justifica el autor esta nueva publicación por el hecho de la escasa aparición en los últimos años de manuales o de introducciones al Derecho canónico, por la atracción del Derecho eclesiástico del Estado, y por la necesidad de tener en cuenta a los alumnos de la Facultad de Teología de Catalunya, «para los cuales era conveniente una fundamentación eclesiológica más de acuerdo con sus estudios».

Como señala el autor en un breve prólogo, esta obra no abarca el Derecho canónico en su conjunto, ya que no contempla el Derecho matrimonial y el Derecho procesal, como tampoco el resto del Derecho sacramental, la organización eclesiástica, el Derecho de religiosos y el ámbito de la enseñanza. Se abre con un «introducción general» (pp. 21-36) que presenta la noción de Derecho canónico, y sitúa este Derecho dentro de los estudios jurídicos, describe sus distintas ramas, las relaciones de la Iglesia católica con la sociedad civil, con el Derecho eclesiástico del Estado y con las ciencias auxiliares.

El cap. II describe «la evolución histórica del Derecho canónico» (pp. 37-166). En el cap. III, el prof. Bueno Salinas hace un estudio de la «naturaleza y principios del Derecho canónico» (pp. 167-254) partiendo de las distintas teorías que han afrontado el tema. Como indica, «muchos de los argumentos contrarios a la juridicidad del ordenamiento canónico se han basado en criterios de eficacia en la aplicación, y suelen provenir de posiciones insuficientemente conocedoras de la auténtica naturaleza del Derecho canónico y de las características propias de su eficacia, que se mueve en parámetros distintos de los ordenamientos estatales, aunque no menos efectivos». Tiene por tanto que presentar la eficacia del Derecho canónico (juridicidad y coerción, juridicidad e intersubjetividad, fuero externo y fuero interno), y los principios informadores del Derecho canónico (principios generales, principios del carisma espiritual —justicia, equidad, *salus animarum*—, principios del carisma institucional, con la noción de *potestas sacra*, los *tria munera*, el ejercicio del poder en la Iglesia condi-